

LOS BISNIETOS DE LA MALINCHE O NOTAS ACERCA DE LA MEXICANIDAD

Luisa Paré

El sol ha reaparecido después de varios días de norte. Somos tres forasteros y un lugareño caminando sobre el barro del camino, en Pajapan, debajo del volcán de San Martín, allá por el sur de Veracruz. Desde un tendajon sale un grito enérgico, entre burlón y agresivo:

—Oye, si son gringos, no los laves a ningún lado, nos vienen a quitar nuestras costumbres.

Nuestra tarea de investigar las opiniones de la población sobre un proyecto de inversión extranjera en la comunidad nos iba a resultar bastante fácil y sin necesidad de preguntar, pensé. Quizá la intempestiva reacción de este hombre se debía a la posible llegada de una empresa extranjera para explotar las tierras de la comunidad. Al igual que Pemex lo había hecho diez años antes, y aprovechando que las tierras expropiadas para un puerto industrial que luego no se construyó, todavía están en litigio y formalmente en manos del gobierno, ahora se anunciaba otra empresa, americana esta vez, para pedirles sus tierras con el fin de explotar la madera para la producción de celulosa y papel en sus plantas de los Estados Unidos.

Pensé que le provocábamos la misma inquietud que me provocan tantos gringos y japoneses cuando los veo, por todos lados, en los bancos y oficinas de gobierno, ante mapas y fotografías de satélite, escrutando nuestro territorio, palmo a palmo.

Seguimos nuestro camino para entrevistar a la gente, para saber cómo se les ha presentado el proyecto y qué opinan de él. Conoce-





mos el documento escrito y esta "asociación entre sardinas y tiburón" nos parece demasiado favorable para este último.

Llegamos. Compartimos inquietudes y naranjas.

—Yo no voy a dar mis tierras para eso porque yo no como papel.

Y haciéndonos abogados del diablo, lo que es bastante difícil cuando uno ya conoce los términos leoninos de la propuesta:

—Con lo que va a ganar podría comprar su maíz.

—El maíz va a escasear y subir de precio.

Lógica contundente. En efecto, las tierras codiciadas por la empresa son las mejores del municipio, las que tradicionalmente se han usado para la siembra de maíz y frijol, las únicas protegidas de los nortes que azotan muy duro en este litoral y acaman cualquier planta que se les ponga de frente.

—No quieren las tierras de las laderas, que éstas sí necesitarían ser reforestadas porque les aumentaría sus costos de transporte. Quieren puras tierras planas y a borde de carretera o cerca de la laguna para allí embarcar la madera.

Nos vamos con información acerca de las ilusiones y dudas que ha dejado detrás de sí la empresa. Si bien a unos les preocupa de dónde comerán, otros ya piensan cómo gastarán el aguinaldo prometido. En efecto, uno de los atractivos que se les presenta es que tendrán trabajo diario y un ingreso fijo a manera de sueldo, sin



trabajar. La oferta económica de la empresa no supera la tonelada y media de maíz o de frijol que en promedio da cada hectárea.

Tomamos el camino de regreso. Otra vez el enojo histórico se dispara como flecha en el aire transparente de Pajapan:

—Los chichanos nos están acabando.

Nos quedamos atónitos.

Ante nuestro asombro, provocado por la

evidente confusión del que había emitido tal juicio, éste aprovechó para interpellarnos. Exaltado, nos dio una clase de historia a su manera, una manera en que reconocimos la influencia de cierto dirigente indigenista tan mestizo como nosotros, que en alguna época intervino en la comunidad y en ciertas páginas del libro de texto de quinto año de su hijo, el cual insistía en regalarnos para que nos enteráramos de cómo sucedió toda esta historia. Con mucho orgullo se presentó:

—Yo soy zapoteca, originario de Villa Hidalgo, municipio de Yalalag, distrito de Villalta, Oaxaca. Hablo zapoteco, popoluca y náhuatl. —Y con un tono de reto: —¿Y ustedes qué? ¿Ustedes qué dialectos hablan?

Inútil decir que en estos momentos uno no saca sus diplomas de latín o griego o sus constancias de haber cursado inglés, francés o incluso náhuatl en la Escuela de Antropología.

Uno de nosotros, por su procedencia nor-teña, es alto, mucho más de lo normal, otro es güero, producto del mestizaje un par de gene-

canos. Somos gachupines, y la contradicción principal hoy siguen siendo los gachupines por lo que nos hicieron hace 500 años.

Me puse un poco nerviosa e intranquila porque si yo no era mexicana, ¿y entonces qué era, después de 26 años de vivir aquí, más que en cualquier otro lado y de haber parido dos hijos que no hablan más que español?

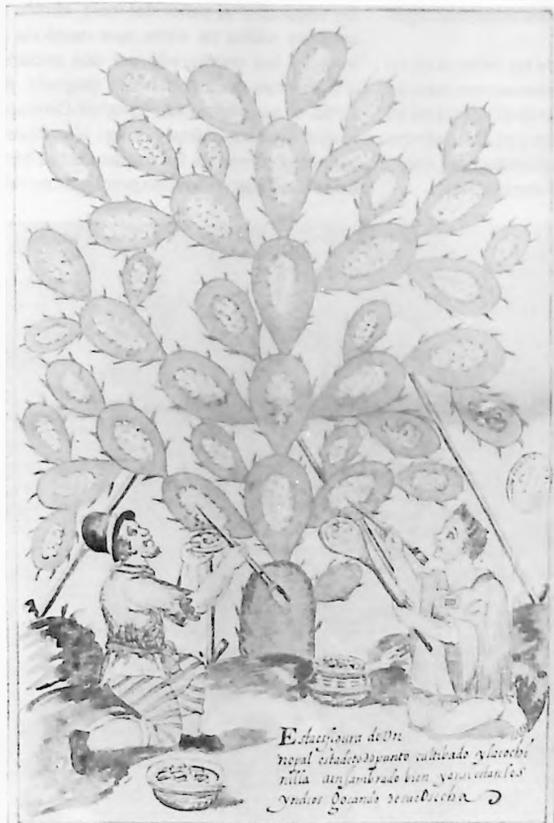
—Qué bueno que ustedes hablan tres dialectos, y ojalá que sus hijos lo conserven porque por todos lados, educación, medios de comunicación, la tendencia es a dejar el idioma y despreciarlo.

Insistía en depositar en nosotros sus sentimientos antihispánicos, y en no entender la historia mexicana y los mexicanos como el resultado de un desarrollo complejo en que se mezclaron muchas razas, y en no darse cuenta de quiénes ahora se están volviendo los nuevos dueños de hecho de México: gringos y japoneses.

—La Malinche, esta si fue una chingona porque hablaba muchos dialectos, pero también fue una canija porque se pasó del lado de los gachupines.

—La pobre Malinche —opiné yo— también fue el resultado de una serie de contradicciones entre los aztecas y pueblos que éstos dominaban. Ella vio seres humanos y no razas y se fue con quienes la podían ayudar en estos momentos después de haber perdido ella misma su tierra y sus seres queridos.

En cambio le hablé de Gonzalo Guerrero, español que se hizo maya, vistió a su dios español de deidad maya y defendió la península contra sus paisanos, cayendo en la defensa de Champotón en 1533. Güero y barbudo, tenía toda la pinta de un gachupín; pero cuando lo mandó a rescatar Cortés se quedó con sus nuevos hermanos, su esposa maya y sus hijos, primeros mestizos de América. Nadie le pidió cuentas cuando les enseñó una nueva forma de guerrear porque conocía la estrategia militar del enemigo y sabía a qué venían sus antiguos compañeros, gente que como él se habían metido a esta aventura, no para descubrir un Nuevo Mundo o para evangelizar a los paganos, sino empujados por el hambre,



raciones atrás, y yo, mexicana, con todas las de la ley, o sea no por destino obligado de haber nacido en suelo mexicano de padres mexicanos, sino por voluntad propia y por amor a este país.

Gracias a este esbozo histórico bastante simplificado resultó que todos los que no hablamos un idioma indígena, no somos mexi-

canos, el desempleo y porque se les presentó esta oportunidad.

Un poco exasperados por su cerrazón e insistencia racista en negarnos nuestra mexicanidad, mis compañeros sacaron sus respectivas credenciales de elector como prueba de su nacionalidad, ya que se supone —una suposición un tanto gratuita a veces— que representa nuestro supremo derecho y obligación de elegir a nuestros representantes. Yo no saqué la mía porque con mis nombres y apellidos raros iba a acabar de caer en desgracia.

En seguida y con marcado sentido de competencia, de ser más mexicano, exhibió no su credencial sino sus credenciales de elector. Dos, para el mismo periodo y con sus domicilios en dos distritos distintos del mismo estado de Veracruz. Quizá entre más grande la colección de credenciales, más mexicano se es al poder ejercer en un sólo día más veces el derecho y la obligación ciudadana de elegir al pa'sano que dirigirá nuestros destinos.

Y recordando el motivo de nuestra visita:

—Bueno señor, díganos usted, ¿se habrá dado cuenta si en estos últimos tiempos han venido por aquí extranjeros para establecer algún negocio o interesados en sus tierras?

Sí, había visto gringos pero no sabía nada de los motivos de su visita. Mientras por segunda vez en diez años se veían amenazadas de expropiación las mejores tierras para la producción de alimentos de su pueblo de adopción, él, que como Gonzalo Guerrero y yo, por distintas circunstancias habíamos dejado atrás nuestros pueblos para adoptar otro, seguía peleándose contra Cortés y sus compinches.

Pero éste no es su problema, porque él es pequeño comerciante, y con la miscelánea fiscal y el GATT tiene suficientes motivos para acordarse todos los días de la Malinche y de tantos bisnietos malinchistas que ha regado por todo el país. Pero sus paisanos, los nahuas y los popolucas del sur de Veracruz, todavía se acuerdan de Temakasti, o Cinteopiz para los primeros; Homshuk para los segundos, el señor del maíz, el niño de cabellos rubios de elote, que nació de un huevo y fue encontrado por dos ancianos que lo crían para comérselo después. Así como, en sus andanzas, Homshuk-Cinteopiz, venció los obstáculos y obligó a la lluvia a bañar los surcos de las milpas de sus hijos, éstos los siguen cuidando porque es su vida.

